

EL TIEMPO		
ARICA	21 / 26	NUBLADO
IQUIQUE	18 / 25	PARCIAL
ANTOFAGASTA	16 / 23	NUBLADO
COPIAPO	13 / 28	DESPEJADO
LA SERENA	13 / 22	NUBLADO
VALPARAISO	13 / 19	NUBLADO
SANTIAGO	13 / 24	NUBLADO
RANCAGUA	12 / 24	NUBLADO
TALCA	10 / 22	NUBLADO
CONCEPCIÓN	12 / 20	NUBLADO
TEMUCO	9 / 18	NUBLADO
PUERTO MONTT	9 / 16	NUBLADO
COYHAIQUE	7 / 13	PARCIAL
PUNTA ARENAS	5 / 11	LLUVIA
ANTÁRTICA	0 / 1	NUBLADO

ÍNDICE DE RADIACIÓN UV-B		
IQUIQUE	11	EXTREMO
LA SERENA	11	EXTREMO
LITORAL	8-10	MUY ALTO
SANTIAGO	11	EXTREMO
CONCEPCIÓN	11	EXTREMO
PTO. MONTT	11	EXTREMO
PUNTA ARENAS	6-7	ALTO

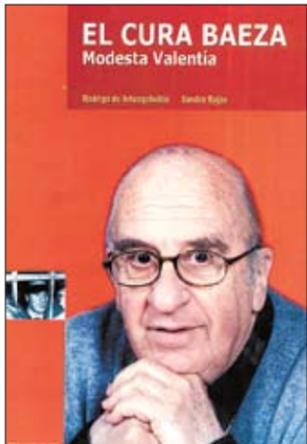


7 809564 000012

RESTRICCIÓN VEHICULAR
NO RIGE

AGUA CAÍDA EN SANTIAGO
AGUA CAÍDA HASTA LA FECHA 0,0 mm
NORMAL A LA FECHA 0,0 mm
IGUAL FECHA AÑO PASADO 0,0 mm

LOS PLACERES Y LOS LIBROS



Cerca de Chile y lejos de la fama

Fernanda Donoso

“LA VERDAD ES QUE yo me siento bien con todo el mundo”, dice el padre Alfonso Baeza. “En las casas más acomodadas y en las más pobres. Por supuesto me entretengo más con los trabajadores, porque con ellos veo más la esperanza, la posibilidad de cambiar las cosas. Con ellos estoy aprendiendo todo el tiempo”.

“El Cura Baeza”, el libro de los periodistas Rodrigo de Arteagabeitia y Sandra Rojas, tiene como centro un personaje único: un sacerdote que ha estado siempre en el centro de la historia, pero lo más lejos posible de la fama.

Todo comienza en una gran casa con salida a dos calles, en la avenida República. Hijo de un pediatra que atendía gratis a los que no podían pagar, el sacerdote estudió primero Ingeniería Civil, y los fines de semana salía con otros estudiantes a hacer labor social a los barrios más pobres de Chile. Al volver, lo esperaba un mundo cerrado, de fiestas con esmoquin: “Ahí yo decía no, esta cuestión no, no”.

“Ahora vive en la población José María Caro y es el cura de los trabajadores, los pobres, los niños, los refugiados, los encarcelados, las trabajadoras sexuales”, escribe Eduardo Rojas en el prólogo. Y “nunca cree que el éxito de sus gestiones se deba a sus méritos, habla muy poco en primera persona, no predica con dogmas, sino con experiencias, y ha recibido homenaje tras homenaje convencido siempre de que se trata de un error”.

El sacerdote no oculta, y nunca aprendió a ocultarlo, sus simpatías frente a la contingencia política, ni su opción “por los marginales del mundo, los que nacieron en un tiempo equivocado”.

A partir de ahí, el texto sigue como una cámara documental al padre Alfonso, y usa como contrapunto una canción que aparece y desaparece entre los capítulos: “Porque esta vez no se trata de cambiar a un Presidente/ será el pueblo el que construya un Chile bien diferente”.

El sacerdote está en ese intento de construcción, y frente a las destrucciones que siguieron. El trauma de la muerte, a balazos sobre el Mapocho, del sacerdote Joan Alsina, el asesinato del padre André Jarlan y de José Manuel Parada, funcionario de la Vicaría de la Solidaridad, su trabajo con el cardenal Raúl Silva Henríquez desde la Pastoral Obrera, el último plebiscito.

Su presencia decidida en la realidad. Y sobre todo su modestia, que induce a la modestia: toda una historia de amor.

EL CURA BAEZA, MODESTA VALENTÍA

Rodrigo de Arteagabeitia y Sandra Rojas
Bravo y Allende Editores
Santiago, Chile, 2006
136 páginas

CAMINO DE SANTIAGO

Escribo como condenado

Antonio de la Fuente



CUANDO LOS SURREALISTAS, en 1919, metieron en un sobre la pregunta “¿Por qué escribe usted?” y la enviaron a los escritores parisinos consagrados, les estaban en buena medida arrastrando el poncho. La interrogante puede no ser gran cosa, pero les permitió recoger 75 respuestas y publicar tres números de la revista “Littérature” cuyo tiraje triplicaron.

Philippe Soupault atribuye la formulación de la pregunta a un parroquiano del bar donde el grupo surrealista paraba por esos años, quien miraba fijamente a los miembros de la cofradía surrealista. Estos, hartos de la insistencia de su mirada, le aplicaron un día la variedad parisina del “¿qué mirái?”. El parroquiano no dudó en responder: “Los miro porque me gustaría saber por qué escriben”.

Entre las respuestas recogidas, las mejores son breves. “Escribo porque”, respondió Cendrars. “Por debilidad”, añadió Valéry. Y Paulhan: “Yo escribo poco. El reproche que me hacen me toca apenas”.

Varias décadas más tarde, en 1986, dos periodistas del diario francés “Libération”, Daniel Rondeau y Jean-François Fogel, retomaron la pregunta y se la enviaron a 400 escritores de todo el mundo. También en los resultados de esta encuesta las respuestas más agudas suelen ser breves o abreviadas.

Oswaldo Soriano propone una clave: “Escribo para compartir la soledad”. Y Ricardo Piglia, otra: “Escribo porque la literatura es la forma privada de la utopía”. Adolfo Bioy Casares: “Escribo porque probablemente me parezco a un barbero de Tom Jones que, cuando escuchaba una buena historia, necesitaba contarla en seguida”.

Su amigo Borges se va por las ramas, pero tratándose de Borges vale la pena seguirlo: “Intento intervenir lo menos posible en lo que escribo. Y como no tengo opiniones definitivas en materia, por ejemplo, de ética o de política, intento no dejar intervenir mis opiniones en lo que escribo”.

Numerosos son quienes dicen escribir para saber por qué escriben. También hay los que responden que lo hacen por mimesis o



El escritor que se verá obligado a abandonar su país bajo amenaza y será laureado en Estocolmo dentro de veinte años no aparece hoy en los diarios.

por un ritmo biológico. La trascendencia es otra razón citada, sea ésta existencial, como en el caso del peruano Julio Ramón Ribeyro: “Escribo para continuar en el existir una vez muerto, no más sea bajo la forma de un libro, como una voz que alguien se da el trabajo de escuchar”. O trascendencia municipal, como en el brasileño Fernando Gabeira: “Tiendo a pensar que escribo para ser amado y ese deseo

la selección nacional.

A lo que iba, fui a buscar el librito que resultó de la encuesta pensando en Orhan Pamuk, el Nobel 2006, ahora obligado a exiliarse de Turquía por las amenazas contra su vida recibidas de parte de grupos nacionalistas. Qué habrá respondido entonces a la preguntita, me pregunté. No estaba y, sin embargo, por esas fechas Pamuk había publicado ya tres novelas. El escritor que se verá obligado a abandonar su país bajo amenaza y será laureado en Estocolmo dentro de veinte años no aparece hoy en los diarios. No hay quién le pregunte por qué escribe.

¿Mi respuesta favorita? Tal vez la del belga Hugo Claus: “Escribo por curiosidad. Por orgullo”.

TOMATUMATE

En cada barrio, Revolución

Alejandro Kirk



SI EL TRANSANTIAGO es una revolución (la primera que se anuncia desde el Gobierno desde 1970), entonces hubiese sido auspicioso ver a los líderes revolucionarios al frente, no sólo a los ministros Andrés Velasco y Sergio Espejo. Pero están las masas trabajadoras, claro, como ocurre en todas las revoluciones, que pasan la peor parte, pero se mantienen allí, por necesidad o convicción, tratando de arreglárselas. Añorando el pasado que no termina de morir (las micros amarillas) y esperando por el futuro que no termina de nacer.

Pesadilla: ¿qué ocurriría si las micros amarillas salen en masa a la calle un día a las siete de la mañana? ¿Quién las pararía? ¿Qué pasaría si empiezan a destruir las máquinas del Bip! y a cobrar con boletos trucos? Imagino que los servicios de inteligencia del Ministerio del Interior, Carabineros, Investigaciones, el PPD y el PRSD están todos centrados en esta posibilidad. Sería el mo-

Si alguna cosa tiene hegemonía en esta ciudad, pese a la nostalgia, es el deseo de que nunca más volvamos a ser azotados por esa plaga amarilla mafiosa que ocupaba los espacios urbanos, mataba, agredía y humillaba a todos.

mento de la Contrarrevolución, y su hora señalada, una madrugada de marzo.

Para entonces, las fuerzas revolucionarias transantiaguinas deberán haber conquistado la hegemonía, temporalmente perdida en el caos de las horas peak de estos días. Porque si alguna cosa tiene hegemonía en esta ciudad, pese a la nostalgia, es el deseo de que nunca más volvamos a ser azotados por esa plaga mafiosa que ocupaba los espacios urbanos, mataba, agredía y humillaba a todos.

Entre las pertenencias que se han salvado de la historia, conservo un carné escolar de los '60, firmado por un señor Marinakis, presidente de los micreros. Imagino que es

el padre del actual Marinakis, dirigente autobusero, ex procesado por la Ley de Seguridad Interior del Estado y actualmente empresario del Transantiago.

Desde la lactancia, el pequeño Marinakis aprendió que la vida es una batalla por las calles de Santiago, que se libra en todos los frentes, menos en el de los horarios, la puntualidad, la amabilidad o el respeto de un servicio público. Esa fue su escuela. Todo niño de entonces, cuando iba a la escuela en micro, sabía que cada subida era una posible agresión, un insulto. Y sabíamos también que, cuando existía la posibilidad, había que subir a los buses y trolleys de la Empresa de Transportes Colectivos

del Estado, porque en ellos no había carreras ni frenazos, paraban sólo en los paraderos, y los choferes, vestidos con uniforme, hasta le sonreían a uno. Eso aconsejaban los padres y la experiencia.

De esa clase de choferes, cuidadosamente entrenados para partir y detenerse con suavidad, no discutir con los pasajeros, no disputarse la calle, no atropellar a nadie, no queda ni uno. Es una especie extinguida en la dictadura neoliberal. Ahora sólo hay zombies de mirada vidriosa y perdida.

Son esos choferes maltratados y sus antiguos patrones los que protagonizan la contrarrevolución. No sé si los contratos lo establecen pero sería un sueño democrático que a esta gente, si sigue boicoteando, se le expropien las micros. Tiene razón el ministro del Interior: hubiese sido más fácil no hacer esto, dejar todo como estaba, que Santiago se sometiese aún más a la dictadura terrorista de las micros. Pero se hizo, y menos mal.